

## ANÁLISIS DE LA OBRA

Más que de una obra de enredo se trata de una obra enredada. Todo en ella son “redes, ardidés, lazos maléficós...”, cuyo único fin es mantener el interés del espectador a toda costa, sin importar ni medios ni modo. En esta pieza breve emplea Bretón profusión de elementos y recursos dramáticos.

Abundan en el texto espectacular las indicaciones que atienden a diferentes registros: tono (“de reprensión, en alta voz”), gesto (“como a su pesar, sonriéndose con malicia...”), modo de elocución (“vivamente”), ruidos en el espacio latente, fuera de la escena (“llegada de un carruaje”), indicaciones sobre traje y maquillaje (“Mariquita vestida de hombre y D. Enrique desgreñado, ojeroso y mal vestido”) y acotaciones sobre las múltiples acciones que han de iniciarse: desmayo, pellizcos, risas, salidas y entradas –muy numerosas en relación con la brevedad de la obra–, ocultaciones de personajes, y el juego que ha de dar el escuchar tras la ventana (a la que asomarse, entornar, entreabrir, cerrar, asomarse otra vez, entreabrir de nuevo y abrir de par en par); el espacio, asimismo, es amplio, pues si bien la acción se desarrolla en el espacio escenográfico configurado por el jardín, se cuenta también con dos espacios suplementarios hábiles: el pabellón (con su ventana) y la casa; además se amplía con el espacio latente que supone la calle, fuera de la escena, de la que vienen D. Enrique y Mariquita, a la que va D. Fabián para volver al fin de la obra y contribuir a desenlazarla.

Estos aspectos que se perciben en el texto espectacular se hallan en consonancia, como es natural, con las características del texto literario; en él es llamativa la multiplicidad de componentes empleados y la acumulación que se produce de ellos; valgan como muestra los ecos de esta circunstancia que se producen en la misma obra: “*Mariquita*. (¡Cuánto miente! Pero/ ella no se queda corta.)// *Enrique*. No puedo ya con la carga/ de tanto embuste.”, y en la misma escena: “*Enrique*. (Otra ocasión malograda) [...] (Otro enredo) [...] *Fabián*. (¡Otro rival!)”.

No queda claro si Bretón se vio precisado a acarrear cuanto tuvo a pluma para confeccionar su comedia, o si tanto elemento le desbarató su habilidad artesanal. Sea como fuere, esta obra se caracteriza por un planteamiento desacertado de la trama, por el manejo inhábil de los recursos dramáticos que emplea y de los resortes que determinan la acción, y en consecuencia, por un desarrollo imperfecto.

Puede notarse que en el conflicto dramático no es ninguno de los intervinientes quien determina el devenir de la acción, siendo lo negativo en ello que el autor intenta que sí lo hagan: Camila es, antes que tenaz, testaruda, obcecada y de pocas luces (su discurso “no alcanza esperanzas”), ella es quien inicia el fingimiento –a manera de las heroínas bretonianas–, pero demasiado pronto es sobrepasada por los acontecimientos –débiles– y permanece irresoluta; D. Fabián es híbrido de sentido común y de arrebatos desacertados; D. Enrique precisa que “le saque el gato las castañas de la lumbre”; y D. Calixto-Mariquita es un engendro teatral que culmina en desacierto la escena en que pasa a primer plano. Siendo así, y dadas las características de la obra, el progreso de la acción queda al arbitrio de lo inesperado, lo que, sin mayor preparación dramática, decide el autor que conviene a la obra hagan sus participantes: es, por ejemplo, “el Dios del amor”, al que invoca Camila (escena I); el Dios que ha de abrir un camino (escena IV) y... cae un billete de la ventana (o del cielo, quién sabe) cuando la obra lo necesita para salir del atolladero.

Como cumple en una obra breve, se plantea rápido el conflicto ante el espectador, pero ello se hace con un recurso pobre: los personajes se preguntan por algo que ya conocen, con lo que el arranque se deslíe (recuérdese que en *Una de tantas*, por ejemplo, era un debate con argumentaciones sucesivas el medio empleado para desvelar y reafirmar progresivamente la situación inicial); a esto viene a sumarse, aún en la primera escena, la narración (alejada del diálogo dramático) que Camila hace de su amor por D. Fabián... al propio D. Fabián (aunque sea para el público, claro es). La obra se dispone a progresar por medio de la creación de intrigas sucesivas (la de Camila y sus dolencias, la de D. Enrique y sus desventuras), y propuestas inaceptadas de forma vehemente. La acción avanza sin soltura porque se fuerza a las situaciones a ser funcionales; el que se conviertan en resortes dramáticos no depende de su propia realidad, sino de la necesidad del autor de que su comedia continúe (“*Camila*. Yo mi mentira maldigo, /pero ya no me desdigo; /que no quiero ser la fábula de la ciudad.”). Es por eso por lo que algunos recursos entran en el capítulo de los que el propio Bretón llamaría “bastardos”: sea el caso del billete caído como del cielo; agotada la eficacia del engaño como componente generador de la intriga, hay que crear una intriga nueva. Antes de que se acometa, y para inconveniente, la escena V retarda el desarrollo de la acción con otra narración —ésta de D. Enrique— que trata de ser una sinopsis de la obra, inadecuada, por cuanto, como dice en uno de sus versos a su interlocutor (y al público) “Tú lo sabes, tú lo ves”. Con todo, se llega a la escena VIII que es un cúmulo de desatinos. El encuentro de Camila y D. Calixto-Mariquita, siendo así que es introducido por el autor como situación global funcional, se realiza sin plan ni concierto; por eso todo está fuera de lugar y desacordado, y aun sacado de quicio: desde el primer aparte de Camila (“Intenta comprometerme/ pero no lo logra”), que no hace al caso, hasta el furibundo, inmotivado exabrupto final de Mariquita, al esgrimir, desvelándolo, el papel real de D. Fabián en la trama, como amante, pasando por el previo de hacer lo pro-

pio con el fingimiento de Camila; todo ello con una brusquedad inmotivada que exige una réplica dura por parte de Camila, con lo que el tono lúdico que presidía la acción se rompe inconsecuentemente; todo ello aderezado con perjurios innecesarios (“*Camila*. Hable usted, ¿Tiene otra amada? / *Mariquita*. No; juro a usted que de nada/ la conciencia le remuerde”), o intuiciones de los personajes inverosímiles e incomprensibles para el lector-espectador, como cuando Camila se “sonríe con malicia”, o cuando comprende que don Enrique la escucha oculto.

La inconveniencia de esa escena se arrastra a la final, donde se culmina el desacierto del recurso del disfraz, y Mariquita, sin venir a cuento, adopta el papel de amador de Camila (“¡Otro enredo!”). De perdidos, al río; ¿cómo puede resolverse el embrollo?: llegue don Fabián, tire el diablo de la manta, y compóngase lo que se previó en el principio –sin que el intermedio haya aportado otra cosa que desaciertos.

Porque la obra, por la falta de verdadera articulación entre sus elementos y por la no consecución del ritmo adecuado, muestra con excesiva torpeza y precipitación el final (“*Camila*. ¡Cuál sería mi ventura/si, vuelto al suelo natal,/ él no fuese tan leal/ como yo he sido perjura!”), y también circunstancias interiores relevantes (“*Fabián*. También él, rota la argolla/ con que tu amor le prendía,/ gemirá, lo juraría, por una linda criolla.”), y como quedó dicho, sus recursos –o mejor, la falta de ellos– (“*Camila*. Puede en tanto que nos abra/ camino el Dios del amor”).

Por otro lado, si toda obra plantea o bien su dependencia con respecto a una lógica real, o bien –y pueden coincidir, por supuesto– su propia lógica interna o las claves de su recepción, esto es algo que, en buena medida se conculca en esta pieza breve de Bretón: dentro de los propios parámetros que instaura, la mayor parte de los elementos fundamentales no tienen ni la consistencia ni la concatenación debidas y prefiguradas. Pártase –aunque no es lo más importante– de lo nimio del motivo que origina la trama (“*Camila*. Pero ¿qué dirá la gente/ si rompo yo

la primera/ la fe jurada? Siquiera,/ cubramos el expediente.”), pero nótese que no hay ningún intento por aderezarlo o reforzarlo, lo que hubiera aportado una consistencia que a cada momento se echa en falta y que resquebraja la obra; porque la pieza atenta contra sí misma haciendo percutir una consideración lógica contra el motivo básico fútil (“*Fabián*. ¿No era más fácil, más llano,/ en vez de fraguar en vano/ una tramoya ridícula, haberle dicho que no?”), o introduciendo consideraciones condenatorias (“*Fabián*. ¿Hay hombre / más necio? *Mariquita*. ¿Hay mujer más tonta?”); claro que la falta de consistencia mina igualmente la postura que habría de sustentar el sentido común (“*Fabián*. El camino más derecho /es decirle esto sucede”, con excepción de la burrez siguiente: “y darle yo, si no cede, / una estocada en el pecho.”) De todos los modos, a cualquier atisbo de sensatez lo que se opone es una actitud inconsistente, inmotivada y desmedida, con lo que el conflicto dramático, falto de vigor, se resiente (“*Fabián*. Pero [...] Tú le habrás dado una respuesta evasiva./ *Camila*. [...] No, Fabián, que mi desdén / le causaría la muerte. // *Camila*. ¡Ay! me costará la vida, / pongo al cielo por testigo;/ mas, con qué cara le digo: soy traidora y fementida?”).

La falta de dominio sobre la obra hace que ésta rompa de forma imprevisible la lógica de la acción, que cede, en ocasiones, ante el enredo (*Mariquita* asegura cantar claro al día siguiente si su artimaña no surte efecto, pero desvela casi todo al momento siguiente), y, en ocasiones, ante el humor (“*Enrique* [...] y don *Fabián* es su cómplice; / eso cualquiera lo ve / *Mariquita*. Tu rival diría yo. *Enrique*. ¿Mi rival? no puede ser./ Ese hombre no puede amar/ a nadie: ¡Es tutor! / *Mariquita* ¿Y qué? / *Enrique*. ¡Es médico!”).

La obra está salpicada de elementos humorísticos. Los procedimientos más relevantes nacen de la figura y condición del médico (en la estela de Quevedo, para quien enfermedades hay muchas pero morirse sólo se muere uno por el médico): “*Camila*. Pero ¡Santo Dios! Qué instinto/ de matar! ¡médico al fin! // *Fa-*

*bián*. Yo mato de todos modos: / con la espada y con la pluma”; del cariz de las intrigas: las dolencias físicas de Camila presentadas en gradación creciente y acumulativa (tenia-zaratán-síncopes-parosismos), y la fabulación de D. Enrique, a la que une, como elemento subrayante, su desastrado aspecto; junto a estas dos fórmulas se acude a alguna acción aislada, como la del pellizco, y a algún aparte que contrapuntea irónicamente lo que expresa el diálogo directo (“*Enrique*. [...] Como suele en alta mar/ inmovible y tenaz la roca/ [...] / (algún desatino/ voy a decir) no se asombra...”).

En otro orden de cosas, vuelve a ser perceptible en esta obra la teatralización con que Bretón entiende la configuración de su obra. Esta óptica teatralizante se manifiesta en algunas intervenciones: “*Mariquita*. (Si lo finge es buena cómica) // *Fabián*. fraguar una tramoya ridícula.// *Fabián*. hacer el papel de ganso.// *Enrique*. repetía el entremés.// *Camila*. y una farsa de teatro.”

Finaliza Bretón la obra con la misma falta de concierto con que la inició y la desarrolló; el resumen moralizante que la cierra (“Y de esta moralidad/ instructiva, convincente,/ resulta que el hombre miente.../ por no decir la verdad.”) es un apéndice que, además de ser traído a trasmano, culmina la ceremonia de la confusión: ni por broma es convincente la obra, ni difícilmente se atisba cómo pueda ser instructiva —mucho menos una moralidad— con tales desarreglos, y en cuanto a lo de que el hombre miente... por no decir la verdad, debe de ser verdad muy honda.

**TEXT O**



**POR NO DECIR LA VERDAD**  
**COMEDIA EN UN ACTO**

**Estrenada en el Teatro Príncipe  
el día 30 de mayo de 1843.**

---

**PERSONAJES**

CAMILA.                    D. FABIÁN.  
MARIQUITA.              D. ENRIQUE.

*La escena es en Sevilla.— Jardín con verja en el foro; puerta de comunicación con la casa, a la derecha del actor; a la izquierda un pabellón con gradas y puerta dando frente al bastidor opuesto, ventana mirando al público, y bajo de ella un banco.*



**ESCENA I.**

CAMILA. D. FABIÁN.

- Fabián.* ¿Conque hoy llega don Enrique a Sevilla?
- Camila.* Sí, en el *Betis*.
- Fabián.* ¡Oh si en el seno de Tetis se fuera el vapor a pique!
- Camila.* ¿Por qué le quieres tan mal?
- Fabián.* Porque tú le quieres bien.  
¿No puedo decir yo, ¡voto a quién! maldecir a mi rival?
- Camila.* Yo maldecirle no sé;  
que harto pesa a mi conciencia la culpable inconsecuencia con que he burlado su fe.
- Fabián.* También él, rota la argolla con que tu amor le prendía, gemirá, lo juraría, por una linda criolla. Son famosas las de Lima, su postrera residencia, y es tentadora influencia la de aquel fecundo clima.
- Camila.* ¡Cuál sería mi ventura si, vuelto al suelo natal, él no fuera tan leal como yo he sido perjura! Entonces no temería que de falsa me arguyera, pues la culpa suya fuera salvaguardia de la mía.

- Fabián.* Todo entregado al comercio,  
no creas que tierno y blando  
vuelva a tus pies recitando  
elegías de Propercio.
- Camila.* Sí; que su constancia induzco  
de las cartas que me ha escrito.
- Fabián.* Y ¿qué prueba...?
- Camila.* Una de Quito,  
otra fechada en el Cuzco;  
y en la postrera –¡ay de mí–  
desde Cádiz –¡ay Fabián!–  
me recuerda con afán  
la palabra que le di.
- Fabián.* Pero escriba como escriba  
ese terco enamorado,  
¿qué importa? Tú le habrás dado  
una respuesta evasiva.
- Camila.* ¡Ah! ¿yo escribir de esa suerte  
al que fue mi amado bien?  
No, Fabián, que mi desdén  
le causaría la muerte.
- Fabián.* Y no excusarás el daño  
porque ahora te acobardes,  
que cuanto más lo retardes  
peor será el desengaño.
- Camila.* Pero ¿qué dirá la gente  
si rompo yo la primera  
la fe jurada? Siquiera,  
cubramos el expediente.
- Fabián.* Conque si rendido y fiel  
en ser tu esposo persiste,  
¿habrás de dejarme alpiste  
y te casarás con él?
- Camila.* ¡Ay! me costará la vida,  
pongo al cielo por testigo;

mas ¿con qué cara le digo:  
soy traidora y fementida?  
*Fabián.* Camila, no soy tan lego;  
eso no me satisface:  
di que en tu pecho renace  
el mal extinguido fuego,  
y que un capricho voltario<sup>1</sup>  
me dio plaza de suplente  
para dejarme excedente  
cuando vuelva el propietario.  
*Camila.* ¿Posible es que digas eso?  
*Fabián.* Pues ¿qué he de decir –¡mal haya  
mi fortuna!– cuando... ? Vaya,  
tú quieres volverme el seso.  
*Camila.* ¡Ay!, harto sabes, ingrato,  
cuán grande es mi amor y cuyo  
desde que adorando el tuyo  
del alma eché su retrato.  
Guardé mi primer amor,  
de que no hay cenizas ya,  
hasta que muerta mamá  
te nombraron mi tutor.  
Tú con mañosa cautela,  
siempre a mis ojos presente,  
ligero hiciste a mi frente  
el yugo de la tutela.  
Después de un año de asedio,  
¿qué plaza se tiene firme?  
Capitular, o morirme:  
no tenía otro remedio.  
Si fueras un viejo chocho  
de maneras inciviles...

---

1. **Voltario.** 'Propio de un carácter inconstante y voluble'.

mas ¡tutor de treinta abriles  
a pupila de dieciocho!  
Y aun tu misma profesión  
de doctor en medicina  
ha apresurado la ruina  
de mi primera pasión.  
¿qué corazón se sostiene  
en campaña tan activa  
contra la alianza ofensiva  
del amor y de la higiene?  
Venciste..., ¡miren qué gracia!  
¿y quién sabe si empleaste  
para dar conmigo al traste  
las drogas de la farmacia?  
¿Quién sabe, astuto doctor,  
aunque el claustro te celebre,  
si quitándome una fiebre  
me infundiste otra mayor?  
¿Y cómo, ¡ay, Dios! te repulso<sup>2</sup>,  
yo tan débil, tú tan sabio...?  
¿Cómo negarte mi labio  
lo que te dice mi pulso?

*Fabián.* Pero amor que así se esconde  
no es verdadero, Camila;  
¿y verá mi alma tranquila  
que otro te halague y te ronde...?

*Camila.* ¿Quién con el mundo, Fabián,  
alguna vez no transige?  
¿Qué sacrificios no exige  
el temor del qué dirán?  
Súfrello por mí y por Dios;  
que a corto o a largo plazo

---

2. **Repulsar.** 'Negar lo que se pide o se pretende' (DRAE 2).

Enrique caerá en el lazo  
que le tendamos los dos.  
A aparecerle me obligo  
tan quebrada de salud,  
que será mucha virtud  
querer casarse conmigo.  
Puede en tanto que nos abra  
camino el Dios del amor  
para poder sin rubor  
retirarle mi palabra.

*Fabián.* El camino más derecho  
es decirle esto sucede,  
y darle yo, si no cede,  
una estocada en el pecho.

*Camila.* ¡Qué! ¿también espadachín?

*Fabián.* Salgamos del laberinto...

*Camila.* Pero, ¡Santo Dios, qué instinto  
de matar! ¡Médico al fin!  
Pues ¡ay de ti si cruel  
tu rencor le sale al paso!

*Fabián.* ¿Por qué?

*Camila.* Porque no me caso  
ni contigo ni con él.

*Fabián.* Reprimiré mi coraje...  
si puedo; pero es capricho  
singular...

*Camila.* Lo dicho dicho.

*Fabián.* [*Aplicando el oído hacia la derecha.*]  
¿Oyes?

*Camila.* Ruido de un carruaje...

*Fabián.* Ligero va como un rayo.

*Camila.* Para.

*Fabián.* ¿A nuestra puerta?

*Camila.* Sí.

*Fabián.* ¿Será Enrique?

*Camila.* [Mirando adentro por la puerta de la derecha y después de una breve pausa.]

¡Oh! ya está aquí.—

Tenme bien, que me desmayo.

[Finge desmayarse y D. Fabián la sostiene.]

*Fabián.* ¿De veras?

*Camila.* [En voz baja.]

Ni por el fórrro.

*Fabián.* ¡Ah! ya comprendo... ¡Bendita!

*Camila.* ¡Calla!... Es decir, grita, grita...

*Fabián.* [Gritando.]

¡Favor!

*Enrique.* [Dentro.]

Camila!

*Fabián.* ¡Socorro!

## ESCENA II.

CAMILA. D. FABIÁN. MARIQUITA. D. ENRIQUE.

[Mariquita viene vestida de hombre y D. Enrique desgredado, ojeroso y mal vestido.]

*Enrique.* ¡Hermosa mía!... ¿Qué veo!

¡En brazos de otro galán!

*Fabián.* ¿Galán? Se equivoca usted; que soy su médico.

*Enrique.* Ya.

*Fabián.* Y su tutor.

*Enrique.* Según eso, usted será don Fabián...

*Fabián.* Servidor.

*Enrique.* Muy señor mío.

*Fabián.* Mi señora su mamá en el lecho de la muerte me encomendó su orfandad.

*Enrique.* Sea para muchos años.

- Mariquita.* (¡Bonita es como un coral!)
- Enrique.* ¿Conque murió mi señora  
doña Carmen Garigay...?
- Fabián.* Sí, señor.– Yo la asistí.
- Enrique.* Dios la tenga en santa paz.  
Pero ¿qué especie de síncope  
o parasismo<sup>3</sup> fugaz  
eclipsa de esos luceros  
la celeste claridad?
- Fabián.* Oír a usted, ver su cara  
asomar por el zaguán,  
y sentirse acometida  
de este accidente fatal,  
ha sido un momento.
- Enrique.* ¿Acaso...  
me aborrece? No será  
milagro; que este pelaje  
y mi extrema fealdad...  
Hábleme usted francamente:  
¿Se ha espantado...?
- Fabián.* Tal vez...  
[*Camila, como acometida de una convulsión,  
pellizca con disimulo a don Fabián.*]  
(¡Ay!)
- No, señor, muy al contrario;  
el mismo amor...
- Enrique.* (¡Voto a san!)  
¡Qué gestos! ¡qué crispaturas!  
Parece que ahora le da  
más fuerte. Echaré una mano...
- Fabián.* [Con prontitud.]

---

3. **Parosismo.** Paroxismo, en patología, 'Accidente peligroso o casi mortal, en que el paciente pierde el sentido y la acción por largo tiempo.' (*DRAE 2*).

No, ya no hay necesidad;  
cede el pulso, y la paciente  
vuelve a su estado normal.

*Mariquita.* ¿Y le dan esos soponcios  
muy a menudo?

*Fabián.* Es el pan  
de cada día; es dolencia  
grave, intensa, pertinaz...

*Enrique.* (¡Diablo!)

*Fabián.* ¡Incurable!

*Enrique.* (¡Demonio!)

*Mariquita.* (Este hombre es un charlatán.)

*Enrique.* ¡Pobre Camila!— Y ¿qué nombre  
da usted a esa enfermedad?

*Fabián.* Mal de corazón se llama  
en el idioma vulgar:  
nosotros la apellidamos  
epilepsia contumaz.

*Enrique.* (¡Zape!) Ya me había escrito  
que no gozaba cabal  
salud; pero yo ignoraba  
la funesta gravedad  
de su dolencia.

*Fabián.* La pobre  
no quería traspasar  
el corazón de su amante  
con una nueva capaz...

*Enrique.* ¿De qué? A mí nada me arredra.  
El amoroso volcán  
que inflama mi corazón  
no se extinguirá jamás.

*Fabián.* (¡Vaya un amor berroqueño!)  
Mas yo no puedo excusar  
el doloroso deber  
de decir...

*Enrique.* ¿Qué?  
*Fabián.* La verdad.  
Si usted se casa con ella  
se expone...

*Enrique.* ¿Cómo? ¿Es su mal  
contagioso?  
*Fabián.* ¡Ah! Sí.  
*Enrique.* No importa.  
Yo lo quiero inocular  
en mis venas.

*Fabián.* ¡Temerario!  
*Enrique.* Sí, señor. No se dirá  
que yo faltó a mi palabra.  
*Fabián.* ¿Y si el contagio letal  
se propaga a su inocente  
mísera posteridad?  
*Enrique.* ¿Conque ese mal viene a ser  
como el pecado de Adán?  
*Fabián.* Sí, señor, y no hay bautismo  
que lo cure.

*Mariquita.* Es singular...  
Pues no anuncia su semblante...  
*Fabián.* Es achaque muy falaz.  
Y si padeciera sólo  
de la epilepsia, tal cual;  
pero adolece también  
de la tenia.

*Mariquita.* ¿Sí?  
*Enrique.* ¿Eso más?  
*Mariquita.* ¿Y qué viene a ser la tenia?  
*Fabián.* Un espantoso animal.  
*Enrique.* ¡Gran Dios!  
*Fabián.* Lo que llama el vulgo  
la solitaria.  
*Enrique.* ¡San Blas!  
¿Y no hay medio de extraerla?...

*Fabián.* Sí por cierto, muchos hay:  
la corteza de granado  
es sumamente eficaz,  
y la raíz del helecho,  
y aun solemos emplear  
con muy buen éxito el vomi-  
purgativo de *Le Roi*<sup>4</sup>;  
mas con tantos revulsivos  
no he podido exterminar  
esa cruel sabandija,  
que por mi cuenta tendrá  
trescientas varas y pico;  
ni yo la quiero intentar,  
porque atendidos los síntomas  
de la doliente, quizá  
si extirpamos la lombriz  
sobrevenga un zaratán<sup>5</sup>.

*Camila.* [Riéndose.]

Ja, ja, ja.

*Enrique.* ¡Se ríe!

*Fabián.* Risa

convulsiva.

*Camila.* Ja, ja, ja.

*Enrique.* ¡Cosa más rara!...

*Fabián.* Pudiera

ser esta crisis mortal.

*Enrique.* ¿Crisis de la ... tenia, o crisis  
de la epilepsia, o de la...;  
que mi amada es, por lo visto,  
compendio de un hospital.

---

4. *Le Roi*. Juan Jacobo Leroy investigó técnicas quirúrgicas para curar la parálisis de vejiga, enfermedades de la próstata y hernias; se alude a él también en *Medidas extraordinarias*, aquí con una pronunciación avulgarada: *mosú Lerruá*.

5. *Zaratán*. 'Cáncer de mama.'

- Camila.* Ja, ja, ja...
- Enrique.* ¡Vuelta a la risa!
- Fabián.* Es según como le da.  
Otras veces la infeliz  
se pone hecha un Satanás,  
ruge, pellizca... (y no miento)  
y hasta muerde como un can.
- Mariquita.* ¿Y con semejante monstruo.  
oh Enrique, te has de casar!
- Enrique.* Mientras ella no me absuelva  
del juramento formal  
que nos hicimos, ya he dicho  
que la llevaré al altar,  
y aunque tuviera hidrofobia,  
y hemoptisis pulmonal,  
y el cólera-morbo asiático,  
y toda la infinidad  
de plagas que fulminó  
la cólera de Jehová  
sobre Egipto, antes el cielo  
se juntará con el mar  
que fermentado mi labio  
le diga: me vuelvo atrás.
- Fabián.* (¡Medrados estamos!) Pues  
yo no respondo de...
- Camila.* ¡Ah!...
- Fabián.* Ya vuelve de su letargo.
- Camila.* ¿Dónde estoy?
- Enrique.* ¡Camila hermosa!
- Camila.* ¡Enrique mío!— Yo creo  
que me ha dado una congoja.  
El mismo afán de abrazarte...,  
la alegría..., la zozobra...  
¡Ay, Enrique!
- Enrique.* ¡Ay, vida mía!

*Camila.* ¿Cómo me encuentras! ¡Cuán otra  
de la que fui!

*Enrique.* Con efecto,  
estás más linda y más gorda  
que te dejé.

*Camila.* ¡Ay como engañan  
las apariencias! En copa  
de oro cincelado suele  
encerrarse la ponzoña.

*Enrique.* Ya sé, con harto dolor,  
la triste y prolija historia  
de los males que te afligen.

*Camila.* [En tono de reprensión.]  
¡Señor don Fabián!

*Fabián.* Señora,  
la conciencia me mandaba  
revelar...

*Enrique.* Pero ¿Qué importa?  
Como suele en alta mar  
inmóvil y tenaz la roca  
resistir a los embates  
de los vientos y las olas,  
mi pecho... (algún desatino  
voy a decir) no se asombra  
ante el tremendo espectáculo  
de jaropes<sup>6</sup> y de drogas.  
Suele ser el matrimonio  
panacea prodigiosa  
que cura males... rebeldes  
a los baños de Cestona;  
y si la dulce esperanza  
que me halaga se evapora,

---

6. **Jarope.** Jarabe.

- ¡bienaventurado yo  
cuando en tus labios de rosa  
beba con sed devorante  
el virus que te inficiona,  
y tu cadáver y el mío  
sepulte la misma losa,  
y oscurezca a la de Píramo  
y Tisbe<sup>7</sup> nuestra memoria!
- Camila.* ¿Y yo he de sufrir que víctima  
de una pasión tan heroica  
sean tu tumba, ay dolor!  
los brazos de la que adoras?  
¡No, terrible sacrificio!  
No; ¡vive, Enrique, y yo sola  
arrostre la maldición  
con que el destino me agobia!
- Enrique.* ¡Basta, cruel! Tú no me amas,  
tú la fe jurada violas...
- Camila.* ¡Oh! eso no. Mañana, hoy mismo  
arda la nupcial antorcha  
que en lazo eterno...
- Enrique.* ¡Bendita  
(¡maldita...!) sea tu boca!
- Camila.* ¡Enrique!
- Enrique.* ¡Camila
- Fabián.* (¿Hay hombre  
más necio?)
- Mariquita.* (¿Hay mujer más tonta?)
- Enrique.* Esos acentos me elevan  
a la cumbre de la gloria.

---

7. **Píramo y Tisbe.** Los famosos amantes de una leyenda babilónica, que se dieron muerte por amor. El tema se hace literario en las *Metamorfosis* de Ovidio y dio inspiración a Shakespeare para *El sueño de una noche de verano*.

Mas ¿qué digo, desgraciado!  
Contra el nudo que ambiciona  
mi corazón se conjuran  
las desdichas que me acosan.  
No; yo sería un infame  
si, abusando de tu estoica  
virtud, osara aceptar  
tu blanca mano preciosa.

*Camila.* ¿Por qué? ¿Qué desdichas son  
las tuyas? No las escondas  
en el pecho.

*Enrique.* ¡Ay, prenda mía!

La lombriz que te devora,  
el zaratán que te amaga,  
la epilepsia que te dobla,  
todo es nada comparado  
con mi suerte lastimosa.  
¿No se han fijado tus ojos  
en mi escuálida persona?  
¿Nada te dicen los míos  
saliéndose de sus órbitas?  
¿Nada mi atezado rostro,  
símil de la zona tórrida,  
nada mi lacio cabello,  
y nada en fin esta ropa  
mal pergeñada, elocuente  
anuncio de mi derrota?

*Camila.* No eres el pulcro mancebo—  
te lo digo sin lisonja—  
que ha dos años cautivaba  
las miradas de las mozas  
desde la torre del Oro  
a los Caños de Carmona;  
mas luego que te repares  
de tu larga y trabajosa

navegación, y asociados  
a la lejía y la esponja,  
el sastre y el peluquero  
te aliñen y recompongan,  
volverá a ser presentable  
tu cara. Y si no lo logras,  
¿serás para mí por eso  
menos amable (¡huy!) ahora  
que en otro tiempo lo fuiste?  
Para ojos que se enamoran  
de las bellezas del alma  
las del rostro están de sobra.

*Enrique.* (¿Será cierto?)

*Fabián.* (Yo estoy frito.)

*Mariquita.* (Si lo finge es buena cómica.)

*Enrique.* ¡Camila, el alma me partes  
con tanta misericordia!  
Pero aun no sabes... ¡Gran Dios!  
¡Aborréceme, abandona  
a este infeliz!

*Camila.* Tú me asustas.

¿Qué es lo que tanto te postra?  
¿Algún naufragio tal vez...?

*Enrique.* ¡Ah! sí, mis ojos lo lloran...  
No el mío; pluguiera a Dios!...

*Camila.* ¿Pues cuál?

*Enrique.* ¡Ay cielo! el de toda  
mi fortuna. ¡Una fragata  
cargada de oro y aljófara!  
Unos corsarios de Méjico  
entre Chile y Californias  
la apresaron. Sólo un bote  
para regresar a Europa,  
con agua para dos días  
y pan para pocas horas,

me dieron, y hubiera sido  
horrible pasto de focas  
y tiburones, si el cielo,  
cuya piedad me encocora<sup>8</sup>,  
no me hubiese deparado  
una goleta española  
donde me amparé, ya exánime,  
asido de una maroma.

*Camila.* ¡Jesús!

*Mariquita.* (¡Cuánto miente! Pero  
ella no se queda corta.)

*Enrique.* Allí me hice camarada  
de don Calixto Mendoza...

*Mariquita.* Servidor...

*Camila.* Muy señor mío.—  
¿Es este el joven que nombras  
en tu carta?

*Enrique.* Sí; negocios  
de familia y trapisondas  
que son largas de contar  
le traen a nuestras costas,  
y como tanto le debo,  
aquí le traigo... Perdona  
la libertad...

*Camila.* ¡Bien venido!  
Yo le ruego que disponga  
de esta casa como guste.

*Mariquita.* Mil gracias. Usted me colma  
de favores.

*Fabián.* Yo también  
le ofrezco sin ceremonia

---

8. **Encocorar.** 'Fastidia, molesta con exceso' (*DRAE*). Aquí parece significar, más bien, 'subleva' o 'maravilla'. Bretón también emplea esta palabra en *Marcela* y *La escuela del matrimonio*.

mis facultades, incluso  
la de médico.

*Mariquita.* Usted me honra  
demasiado...

*Enrique.* Ahora, Camila,  
que mi desgracia no ignoras,  
¿podré yo sin ser un tigre  
acusarte de que rompás  
la fe prometida? ¿Es justo  
resignarte a ser esposa  
de un hombre que, sin remedio,  
tendrá que pedir limosna?

*Camila.* ¿Y por ventura soy yo  
mujer de tan ruin estofa  
que por pobre te desprecie?  
¡Eh! calla, que me sonrojas!

*Enrique.* (¡Ni por esas!) Pero, hija,  
mira que es una bicoca  
tu dote, y entre los dos...  
no alcanzará para sopas;  
y como estás delicada...  
¿Con qué pagamos las pócimas  
de la botica...? Te ciega  
el cariño. Reflexiona...

*Camila.* No digas más. Esos son  
vanos subterfugios, fórmulas...  
Di que te abruma la carga  
de una mujer achacosa;  
di que por la negra honrilla  
mal de tu grado de inmolás...

*Enrique.* ¡No tal, no tal! Yo no he dicho,  
yo no he pensado tal cosa.  
¡No! tú eres la que te agarras  
a un clavo ardiendo, traidora,  
porque deseas romper

- conmigo; mas te lo estorba  
el orgullo...
- Camila.* Tú me quieres  
aturdir con esa cólera  
fingida; pero te engañas.
- Fabián.* (¡De esta hecha riñen!)
- Enrique.* Pues obras  
son amores. He aquí  
mi mano.
- Camila.* (¡Cielo!) Estoy pronta.  
He aquí la mía.
- Enrique.* [Tomándola como a pesar suyo.]  
(¡Es de hielo!)
- Camila.* (¡Con qué frialdad la toma!)
- Mariquita.* (¡Y se detestan!)
- Fabián.* (¡Un pan  
hacemos como unas hostias!)
- Camila.* ¿Estás contento, bien mío?)
- Enrique.* (Como si fuera a la horca.)  
¡Oh! la alegría me inunda  
y el entusiasmo me ahoga.  
¿Y tú?
- Camila.* ¿Yo? En el Paraíso...  
(¡En el Infierno!)
- Enrique.* ¿La boda...?
- Camila.* Mañana. Aún no has descansado...
- Enrique.* Y tú también estás floja...  
Ya se ve, las convulsiones...  
Y ¿dónde nos acomodas?
- Camila.* Ahí, en ese pabellón.
- Enrique.* Pues iremos, si me otorgas  
tu permiso... ¡Adiós, mi encanto!  
¿Quedamos en que te arrojas  
a hacer conmigo una vida  
austera y menesterosa...?

*Camila.* ¿Y tú en arrostrar impávido  
mis enfermedades crónicas?

*Enrique.* ¡Contigo es trono el sepulcro!

*Camila.* ¡Contigo pan y cebolla!

[*Don Enrique y Mariquita entran en el pabellón.*]

**ESCENA III.**

CAMILA. D. FABIÁN.

*Fabián.* ¿Conque ya no hay esperanza?

*Camila.* Mi discurso no la alcanza.  
¡Yo le deseaba pérfido,  
y torna a mis ojos fiel!

*Fabián.* Sea fiel o no lo sea,  
¿no es una maldita idea  
aborreciendo a ese títere  
querer casarte con él?

*Camila.* ¡Qué quieres! No soy de piedra,  
y al ver que nada le arredra  
y por mi amor impertérrito  
compromete su salud,  
ya que en el alma no influya,  
porque esa, Fabián, es tuya,  
a lo menos no me es lícito  
negarle mi gratitud.

*Fabián.* Tu gratitud me horripila.  
¿Y será justo, Camila,  
que te la inspire un... fenómeno  
y no te la inspire yo?  
¿No era más fácil, más llano,  
en vez de fraguar en vano  
una tramoya ridícula,  
haberle dicho que no?  
¡Y tú estás satisfecha  
porque sin mostrar sospecha

- ha tragado tanta andrómina<sup>9</sup>  
como hemos forjado aquí!  
Pero ¿qué hombre de esa suerte  
apechuga con la muerte?  
Tú eres la simple y la crédula  
y él quien se burla de ti.
- Camila.* Para odiar yo su himeneo  
bastaba verle tan feo;  
pero no puedo sin lágrimas  
ver su pobreza, Fabián.
- Fabián.* ¿Y si fuese patarata<sup>10</sup>  
aquello de la fragata  
y los corsarios de Méjico  
y el bote, el agua, y el pan?  
Que yo de su traza infiero  
que es un solemne embustero  
y el más redomado pícaro  
que Andalucía crió.
- Camila.* Pero ¿qué interés tendría  
si mi mano apetecía  
en fingirse pobre, mísero,  
derrotado...?
- Fabián.* ¿Qué sé yo?  
Acaso en la misma tema  
que tú ha dado ese postema<sup>11</sup>,  
y queréis antes ser mártires  
que confesores los dos.
- Camila.* Yo mi mentira maldigo,  
pero ya no me desdigo;  
que no quiero ser la fábula  
de la ciudad.

---

9. **Andrómina.** 'Embuste, enredo con que se pretende alucinar.' (*DRAE*).

10. **Patarata.** 'Cosa ridícula y despreciable.' (*DRAE*); aquí, además, habría de llevar el sema 'para engañar'.

11. **Postema.** 'Pesado'.

*Fabián.* ¡Voto a briós!...  
¿Y usted me ama? ¡Eh! ya me canso  
de hacer el papel de ganso,  
y de que mi vida y mi ánima  
se jueguen en un albur.  
¡Adiós para siempre, ingrata!  
Ahí queda el de la fragata...  
*Camila.* ¡Mira!...  
*Fabián.* ¡Aparta!  
*Camila.* ¡Escucha!...  
*Fabián.* Cásate  
con él...  
*Camila.* ¡Oye!...  
*Fabián.* ¡Abur! ¡abur!  
[Vase corriendo por la verja.]

#### ESCENA IV.

CAMILA.

¡Se va y acaso no vuelva!...  
Ya es forzoso que resuelva  
evitar una catástrofe  
hablando claro y tres más.  
¿No es una mala vergüenza  
que un vano puntillo venza  
al precepto del decálogo  
que dice no mentirás?  
Diré la verdad a Enrique.  
Si se pica, que se pique.  
Así obedezco las órdenes  
de mi amor y mi deber.  
¿Quién sabe...? Estaba tan tibio...  
Quizá al paso que me alivio

de un grave peso, mi récipe<sup>12</sup>  
le va a dar sumo placer.  
Voy... Mas si me ama en efecto,  
al que fue mi predilecto  
¿con qué cara, ¡ay santa Brígida!  
le digo: yo te vendí?  
¡Ah! no; no me determino...  
Si Dios me abriera un camino...  
[*De la ventana del pabellón que está entreabierto cae  
un billete.*]  
Pero ¿qué es esto?  
[*Tomando el billete.*]

¡Una epístola!

[*Abriéndola.*]

¿Quién?... Leamos... dice así:

“Amable Camila: Si dentro de un cuarto de hora  
me permite usted hablarla un momento a solas, es-  
pero que no se arrepentirá de haber concedido esta  
gracia a su muy atento servidor  
Q.B.S.P.

Calixto Mendoza.

Hablar a solas conmigo.  
¿Si de acuerdo con su amigo  
me tiende lazo maléfico  
burlando mi buena fe?  
¿O acaso le envía Enrique  
para que él me notifique  
que no vuelve de la América  
tan amante como fue?  
Mas tienda lazo o no tienda,  
mientras yo no suelte prenda,

---

12. **Récipe.** ‘Receta’ o ‘mala noticia’; también en *Muerte ¡y verás!*

a tan respetuosa súplica  
puedo acceder sin temor.  
Y si otro arbitrio no encuentro,  
¿qué he de hacer? Sí; voy adentro,  
salgo después y... ¡Buen ánimo!,  
que acobardarse es peor.

*[Entra en la casa y al mismo tiempo asoma por la ventana del pabellón Mariquita.]*

**ESCENA V.**

MARIQUITA. D. ENRIQUE.

*[Los dos en la ventana.]*

- Mariquita.* En casa entró.  
*Enrique.* *[Asomándose.]* Pues tomemos  
el fresco de este verjel.  
Ella ha leído la carta...  
*Mariquita.* Y a mi juicio con placer.  
*Enrique.* ¿Caerá en el lazo?  
*Mariquita.* Tal creo,  
que no haber roto el papel  
airada, es signo evidente  
de que volverá después  
a la cita.  
*Enrique.* Pero ¿has visto  
más obstinada mujer?  
¡Dos años ausente de ella,  
y todavía me es fiel!  
*Mariquita.* Aunque fuese verdadero  
su afecto, que no lo es,  
¿de qué te admiras, ingrato?  
¿No es más extraña tal vez  
mi constancia que la suya?  
¿Pues quién sino yo, cruel,

con mengua de su decoro,  
te seguiría a través  
de tantos mares fiada  
en la ya dudosa fe  
de tus promesas?

*Enrique.*

Primero  
que yo las pueda romper,  
rompa mi pecho un puñal,  
o mi garganta un cordel;  
mas precisado a venir  
por negocios de interés  
a Sevilla, no he podido  
resolverme a parecer  
inconsecuente a los ojos  
de la misma dama a quien  
de palabra y por escrito  
amor eterno juré.

*Mariquita.*

Antes que el pérfido halago  
de tus palabras de miel  
cambiase en flores y galas  
las tocas de mi viudez,  
juraras amar a otra  
una vez y veinte y cien;  
mas ¿por qué después, traidor?

*Enrique.*

Porque... ¿Qué sé yo por qué?  
Si primero por amante,  
luego lo hice por cortés;  
y como ella, más rendida  
de lo que era menester,  
en cada contestación  
me llenaba, ¡qué sandez!  
de ternuras y deliquios  
cinco páginas o seis,  
no era cosa de que yo  
diese mi brazo a torcer;

y mientras cada correo  
repetía el entremés,  
yo en silencio maldecía  
al inventor del papel.—  
Vuelto a los patrios hogares,  
tú lo sabes, tú lo ves,  
¿qué no hago yo, Mariquita,  
para hacerme aborrecer?  
Desgreñado, mal vestido,  
y embadurnada mi piel  
con surcos y con ojeras  
que a media legua se ven,  
en mi rostro la he mostrado  
la efigie de Lucifer;  
y Camila, ¡erre que erre!  
Invento lo del bajel  
en alta mar apresado,  
aspirando a su desdén  
si no por feo, por pobre;  
y ella, ¡morles de morles!  
Y me sale con aquello  
de “contigo, dulce bien,  
pan y cebolla,” y yo juzgo  
ponerla entre la pared  
y la espada presentándola  
mi mano; ¡y me dice amén!

*Mariquita.* Y te engaña; no lo dudes.

*Enrique.* Ya lo veo, ya lo sé.

*Mariquita.* Y la solitaria es cuento  
y la epilepsia también.

*Enrique.* Sí tal, sí, y el zaratán.  
No es tanta mi estupidez...  
Y don Fabián es su cómplice;  
eso cualquiera lo ve.

*Mariquita.* Tu rival diría yo.

*Enrique.* ¿Mi rival? no puede ser.  
Ese hombre no puede amar  
a nadie. ¡Es tutor!

*Mariquita.* ¿Y qué?

*Enrique.* ¡Es médico!

*Mariquita.* ¡Qué aprensión!

[*Mirando el reloj.*]

Pero son las siete y diez.

Camila vendrá a la cita...

*Enrique.* Pues no te detengas, ve...

Acaso logres con maña

su secreto sorprender.

Déjame a mí en buen lugar

y haz cuanto quieras.

*Mariquita.* Sí haré;

pero si es vano este ardid

para que caiga en la red,

mañana...

*Enrique.* ¿Qué?

*Mariquita.* Canto claro,

salga rana o salga pez.

[*Se retira de la ventana, y poco después sale al proscenio  
por la puerta del pabellón.*]

## ESCENA VI.

D. ENRIQUE.

[*Asomado a la ventana.*]

No puedo ya con la carga  
de tanto embuste. ¡Oh qué afán!

¡qué angustia! ¡Y luego dirán

que la verdad es amarga!

Su amargor dura un momento;

que es la verdad una y sola;

pero detrás de una bola  
el demonio enreda ciento.

**ESCENA VII.**

MARIQUITA. D. ENRIQUE.

[*Ella en el proscenio y él en la ventana.*]

*Mariquita.* ¡Cielos! ¿qué mujer se ha visto  
en situación tan precaria...  
Mas ya viene mi contraria.

**ESCENA VIII.**

CAMILA. MARIQUITA. D. ENRIQUE.

*Mariquita.* ¡Oh, Camila!

*Camila.* ¡Oh, don Calixto!

*Enrique.* (Ya está aquí.)

*Mariquita.* ¡Feliz encuentro!

*Camila.* ¿Qué se le ofrecía a usted...

*Enrique.* (La ventana entornaré.  
Bien puedo oír desde adentro.)  
[*Entorna la ventana.*]

*Mariquita.* Señora, yo soy muy franco,  
y espero que usted me imite.—  
Pero, si usted lo permite,  
ocupemos ese banco.

*Camila.* (Intenta comprometerme,  
pero no lo logra.) Sí.  
[*Se sienta en el banco que está debajo de la ventana  
y de espaldas a ella.*]

Mejor estamos así.—

¿Qué hace don Enrique?

*Mariquita.* Duerme.

*Camila.* ¿Sí? (Muy gorda es la mentira  
para que yo me la engulla.)

- Mariquita.* Y la esperanza le arrulla  
del dulce bien a que aspira.
- Enrique.* [*Entreabriendo la ventana.*]  
(Desde abajo no me ven.)
- Camila.* ¿Conque es tanta su ternura?
- Mariquita.* ¡Oh!
- Camila.* Pero ¿quién me asegura  
que soy yo su dulce bien?
- Mariquita.* Yo, que soy su confidente.
- Camila.* (No es esto lo que esperé.)
- Mariquita.* Y otro premio de su fe  
merecía ciertamente.
- Camila.* ¡Como!
- Mariquita.* Cada cual se las ingenia,  
y son ardidés soberbios  
las convulsiones de nervios,  
y las bascas, y la tenia.
- Camila.* ¡Qué oigo! ¿Esa lengua villana  
me acusa de ...?
- Mariquita.* Ni por pienso.  
Mi corazón es propenso  
a la indulgencia cristiana;  
pero sin armar disputa  
sobre el cómo y el por qué,  
ruego al cielo que me dé  
la salud que usted disfruta.
- Camila.* Sea cual fuere, es error  
que me venga a hablar así  
hombre que no es para mí  
médico ni confesor;  
y yo no pido indulgencias  
a quien no es papa romano,  
[*Se levanta y D. Enrique se oculta cerrando otra vez  
la ventana.*]  
ni pierdo mi tiempo, hermano,  
en oír impertinencias.

- Mariquita.* Perdón si explicar no supe  
mi intención... Pero es hidalga,  
¡así me asista y me valga  
la Virgen de Guadalupe!  
Siéntese usted con sosiego  
y no muestre ese desdén;  
que no por mí, por el bien  
de mi amigo se lo ruego.
- Camila.* [Sonriendo con malicia.]  
Vaya... por el bien de Enrique.  
[Se sienta.]
- Mariquita.* Supongamos, si es preciso,  
que él tiene otro compromiso.
- Camila.* ¿Él?
- Mariquita.* Deje usted que me explique.
- Enrique.* [Asomándose otra vez.]  
(¡Va a denunciarme y me pierdel)
- Camila.* Hable usted: ¿tiene otra amada?
- Mariquita.* No; juro a usted que de nada  
la conciencia me remuerde;  
pero a tan larga distancia,  
aunque la esperanza halague,  
no es de admirar que naufrague  
la más segura constancia.  
Si Camila, por ejemplo,  
cediendo a humana flaqueza  
su frágil naturaleza,  
cambió el ídolo y el templo,  
Enrique no la pondría  
puñal ni pistola al pecho  
reclamando su derecho  
con obstinada porfía;  
antes diría: es deslíz  
en que incurren más de doce;  
paciencia y otro la goce:

¡yo no la haría feliz!  
Que aunque por ella suspira,  
preferiera su bondad  
un “no te quiero” verdad  
que un “te idolatro” mentira.  
*Enrique.* (¡Oh qué bien hablado! ¡Es mucha  
Mariquita!...)

*Camila.* (Ya comprendo  
la intriga. Sigo mintiendo,  
que don Enrique me escucha.)  
[*En alta voz.*]  
Con admiración contemplo  
tan extraña diplomacia.  
¿Y por qué a mí el verbigracia?  
¿y por qué a mí el por ejemplo?  
Calle usted y no me arguya  
con supuesto tan villano.  
¿Le daría yo mi mano  
si aborreciese la suya?  
Él es, lo palpo, lo veo,  
quien por más que jure y charle,  
afectando desearle  
reniega de mi himeneo;  
mas sin duda es la costumbre  
de ese fementido ingrato  
querer que le saque el gato  
las castañas de la lumbre.  
¡No! que hable, mal que le pese,  
y aunque aleve me abandone,  
acaso yo le perdone  
cuando su culpa confiese;  
que también con menos ira  
escuchará mi bondad  
un “no te quiero” verdad  
que un “te idolatro” mentira.

*Enrique.* (Mujer taimada, contigo  
mereces que entre en el gremio;  
si dices verdad, por premio,  
y si mientes, por castigo.)

*Camila.* ¡Calla usted!

*Mariquita.* ¡Suerte fatal!

Ya veo...

*Camila.* (¡En su propia red  
cayó!)

*Enrique.* (¡Tiemblo!)

*Mariquita.* Entre él y usted  
el partido es desigual.  
No hay miedo que a usted la apure  
de Enrique la inconsecuencia;  
que si es grave esa dolencia  
tiene en casa quien la cure.

*Camila.* ¡Cómo!... Pues ¿quién...?

*Mariquita.* Don Fabián

la curará, con la venia  
de usted, mejor que la tenia  
y mejor que el zaratán.

*Camila.* Se engaña usted, señor mío,  
si sospecha...

*Mariquita.* No sospecho...  
lo que no dudo.

[*Llega D. Fabián por la verja.*]

### ESCENA ÚLTIMA.

CAMILA. MARIQUITA. D. ENRIQUE. D. FABIÁN.

[*D. Enrique permanece todavía en el pabellón, asomando de  
cuando en cuando la cabeza por la ventana entreabierta.*]

*Fabián.* [*Sin ver a Camila y Mariquita.*]

(¡Esto es hecho!)

- Camila.* Crea usted...
- Fabián.* (¡Le desafío!)
- Mariquita.* Le vengará mi amistad  
de ese rival que detesto.
- Fabián.* (Buscaré cualquier pretexto...  
por no decir la verdad.)
- Camila.* Pero, señor, ¿cómo o cuándo...?
- Mariquita.* Demasiado lo declara  
la turbación de esa cara.
- Enrique.* (¡Bueno va!)
- Fabián.* (¿Quién está hablando...?)  
[*Da algunos pasos.*]
- Mariquita.* Ya veremos si ese apunte...
- Fabián.* (¡Oiga!)  
[*Retrocede y observa.*]
- Mariquita.* Hasta tal punto se infama  
de negar que usted le ama  
cuando yo se lo pregunte.
- Camila.* Es inútil ese afán,  
tan inútil como atroz,  
que yo... (esforcemos la voz)  
nunca quise a don Fabián.
- Fabián.* (¡Gracias! ¿Qué es esto?)
- Mariquita.* ¿Es posible!  
¿Ni poco ni mucho?
- Camila.* ¡Nada!
- Enrique.* (¡Otra ocasión malograda,  
Es mujer incorregible!)
- Mariquita.* ¡Ah, señora! si es así,  
vuelva a mi pecho la calma.  
¡Cuál se rogocija al alma...!
- Camila.* ¿Por Enrique?
- Mariquita.* No; por mí.
- Camila.* ¿Por usted?
- Mariquita.* Sí, mi tesoro.

- Camila.* ¿Cómo!  
[*Se levanta y también Mariquita.*]
- Fabián.* (¿Qué escucho!)
- Enrique.* (Otro enredo.)
- Mariquita.* Que ya reprimir no puedo  
la pasión con que te adoro.
- Camila.* ¿Y esta es la felicidad  
que usted....
- Mariquita.* Esto es que primero  
soy yo, y ser mártir no quiero  
por no decir la verdad.  
Si en vano a mi amigo invoco,  
aunque blasone de firme  
la que acaba de decirme  
que no ama al doctor tampoco,  
bien puedo, hermosa doncella,  
sin obrar como un villano  
ofrecer a usted mi mano  
y mi corazón con ella.
- Camila.* ¡Qué osadía!
- Fabián.* (¡Otro rival!)
- Enrique.* (¡Se va a armar una...!)
- Mariquita.* ¡Oh! si en casto  
nudo...
- Camila.* ¡Ea, aparte...!
- Fabián.* (¡Haya trasto!...  
Le voy a abrir en canal.)
- Mariquita.* No me mires con encono,  
que a tus pies rendido y tierno...  
[*Al arrodillarse llega presuroso don Fabián y le detiene.*]
- Fabián.* ¡A un lado, voto al infierno...!
- Camila.* ¡Cielos!
- Enrique.* (¡Don Fabián!...)
- Fabián.* ¡Seó mono...!
- Mariquita.* ¡No me insulte el mediquillo!

- Camila.* [*Aparte a D. Fabián.*]  
¡Por Dios, no me comprometas!
- Mariquita.* Podrán matar sus recetas,  
al que tenga tabardillo;  
no a mí: la salud me abruma  
y me sale por los codos.
- Fabián.* Yo mato de todos modos:  
con la espada y con la pluma.
- Enrique.* (¡Tiró el diablo de la manta!)
- Camila.* ¡Mira!...
- Fabián.* Ya no; que un rival  
se digiere bien o mal,  
pero dos ¿quién los aguanta?  
Pase Enrique; pero en pos  
de Enrique venir Calixto...  
Eso no, ¡cuerpo de Cristo!
- Enrique.* [*En alta voz y abriendo de par en par la ventana.*]  
Eso sí; ¡cuerpo de Dios!  
[*Desaparece corriendo y un momento después se  
presenta en la escena.*]
- Camila.* ¡Me has perdido!
- Fabián.* ¡Eh! te he salvado.
- Mariquita.* Confesa estás y convicta,  
y la pública vindicta<sup>13</sup>...
- Enrique.* ¡Falsa! ¿Este pago me has dado?
- Camila.* Enrique, yo... Sabe Dios...
- Fabián.* No te excuses ya ni mientas  
que si se ofende, esas cuentas  
son para nosotros dos.
- Enrique.* No; para el diablo que armara  
con un médico querella...

---

13. **Vindicta.** 'Satisfacción de los delitos, que se debe dar por la sola razón de justicia, para ejemplo del público.

- no teniendo ni yo, ni ella  
nada que echarnos en cara.
- Camila.* ¿Cómo...?
- Enrique.* Sí. Ya es bobería...
- Mariquita.* Donde las toman las dan.
- Enrique.* Da tu mano a don Fabián;  
[*D. Fabián se apodera de ella.*]  
yo a don Calixto la mía.  
[*Lo hace.*]
- Fabián.* ¿Qué es esto?
- Enrique.* Esto es...
- Camila.* Ya malicio....
- Enrique.* Que don Calixto Mendoza...  
es una arrogante moza  
que me tiene vuelto el juicio.
- Mariquita.* Muy servidora de ustedes.
- Fabián.* ¿Sí? pues aunque algo inconexo,  
creí que era de mi sexo  
este lindo Ganimedes.
- Camila.* ¡Y yo me creía ingrata!  
¡Ah! si lo hubiera sabido...  
¿Y, en efecto, se ha perdido  
en alta mar tu fragata?
- Enrique.* No; vuelvo rico y feliz.  
Todo fue pura invención.
- Camila.* Pues de esa fábrica son  
mi epilepsia y mi lombriz;  
pero porque no pensaras...
- Enrique.* Pero porque no dijeras  
que nunca te amé de veras...
- Camila.* Que era mujer de dos caras...  
mentí sin temor de Dios,  
y tan mal me lo compuse  
que con dos novios me expuse  
a quedarme sin los dos.

MIGUEL ÁNGEL MURO

*Fabián.* Y una farsa de teatro,  
¡ahí es nada! puso a pique  
mi existencia o la de Enrique  
y la dicha de los cuatro.

*Enrique.* Y de esta moralidad  
instructiva, convincente,  
resulta que el hombre miente...  
por no decir la verdad.

